



FOTO DE VASCO SZINETAR

EUGENIO MONTEJO

## Hombre Como Paisaje

COMO quizá aconteció a otros poetas de mi generación, aunque lei temprano la obra de Vicente Gerbasi, lo conocí tarde, más tarde de lo que habría deseado. La Biblioteca Popular Venezolana, aquella benemérita serie de tan módico precio, puso una Antología suya en mis manos, y me acercó al ámbito solar de su palabra poética. A ese ámbito, que se confunde con la impresión de mi primera lectura, me ha llevado cada nueva línea suya que después ha cruzado en mi camino. Lo leo, cuando lo leo, pero siempre desde allí, como si precisara de ese espacio para representarme su poesía, aunque ésta llegue a aparecer hoy, y él y yo seamos, fatalmente, otros.

Vine a conocerlo personalmente mucho más tarde, cuando yo doblaba la treintena, pero no adelantaré el pormenor de este recuerdo antes de decir cómo él, más que otros, anduvo presente en mis memorias juveniles. Era en Valencia, la solariega Valencia de la que aún no se había adueñado la industria, y en ella la imagen de Vicente era evocada de continuo, no sólo a través del fervor de sus amigos, sino más concretamente en la luz espejeante y nítida de su paisaje, el cual me resultaba inseparable de la iluminación verbal de sus poemas. En algunas casas valencianas, además, había podido contemplar pequeños bodegones y dibujos de su juventud, cuadros de factura incierta, mapas titubeantes aunque en algo reveladores de su futura poesía, de los cuales muy poca o ninguna mención he oído después, pero que documentan su temprana devoción por la pintura, aupado entonces por la amistad del pintor Leopoldo La Madrid.

El nombre de Vicente, en aquel tiempo, se me tornaba cada vez más distante, casi siempre asociado al país donde lo retenían sus menesteres diplomáticos. Estaba en Varsovia, Ginebra, Estocolmo o Jerusalem. De tanto en tanto, en revistas y libros, páginas suyas lo traían, y no dejaba de resultarme extraño o paradójico que, aunque su autor se hallaba lejos, el hontanar de aquella poesía, su centro mítico, nos quedara pese a todo tan cerca. Hablo, claro está, del pueblito de Canoabo, cuya apacible geografía, palabra a palabra, se ha asomado al mundo para recorrerlo a través de sus libros. En una reseña sobre su última obra, *Retumba como un sótano del cielo*, comparé la recreación que de ese pueblo nos ha legado Gerbasi, reiterándola en distintas instancias, con la que sobre su Paterson natal se propuso el norteamericano William Carlos Williams. Sin extremar el paralelo, puesto que se trata de dos creadores que mucho difieren en tonos y procedimientos, es innegable que ambos coinciden en la predilección por sus ambientes originarios. Williams consagró todo un volumen a la comarca de sus primeros días, incorporando elementos diversos, algunos inusuales dentro del lenguaje poético, en una notable aspiración que marca un hito para la poesía norteamericana contemporánea. Gerbasi, por su parte, desde sus títulos iniciales, no ha cesado de remitirnos a su color nativo y de contemplar otras atmósferas desde ese núcleo en torno al cual gravita su obra toda.

Vicente se me hacía, pues, remoto y próximo a un tiempo. Fue por aquellos años, principiando la década del sesenta, cuan-

do estuvo entre nosotros el poeta mexicano Carlos Pellicer, quien me invitó a seguirlo a México, pero yo era entonces temeroso de los viajes casi tanto como después lo he sido de quedarme fijo en un lugar. En tertulias de amigos una y otra vez escuchaba anécdotas de Gerbasi. Su aire ausente, su desmemoria, sus silencios. La vez que, tras ser anunciado solemnemente por el chambelán del palacio sueco en la ceremonia de fin de año, pidió que volvieran a cerrar la puerta porque había olvidado ponerse los guantes para presentarse ante el Rey. La ocasión en que quiso entrar al cine con un perro, o cuando, con Otto De Sola, se vino a Caracas en un viaje de aventuras similar al de Verlaine y Rimbaud. Me llegaban ecos de su pulcritud respecto del trabajo poético, de su franco desdén por las añagazas que recomienda la política literaria, mientras otros, llamados a la hora, como dice el peruano Eguren, "daban sus gestos, sus gestos, sus gestos"... Esta indiferencia ante el ardid oportunista, como después lo comprobé, no es más que legítima confianza en sus dones y secreto convencimiento de que la poesía, si de verdad arraiga en nosotros, muy poco podemos hacer por ella como no sea escribirla lo más fielmente posible.

Vicente se me volvió una sombra a la que me había aficionado, con quien, además, solía conversar desde lejos, discutiendo versos y poemas propios y ajenos. Años más tarde, cuando llegó la ocasión de encontrarnos, nada de esto le dije, pero el momento recompensó con creces mi viejo deseo de conocerlo. El había sido comisionado por los directores del INCIBA justamente a su pueblo, donde se proyectaba a sus instancias, la creación de un taller popular de cerámica. Se trataba de un viejo sueño suyo, un fervoroso tributo a los anónimos artesanos de su aldea. Llegó a Valencia acompañado de Consuelo, su mujer, y de José Vicente Abreu, el indolegable combatiente de San Juan de Payara. Acababa de aparecer por esos días mi libro *Muerte y Memoria*, que él había leído, y me invitó a acompañarlo junto con Felipe Herrera Vial, amigo de sus tiempos de mocedad. Recordé el verso de Supervielle: "yo no voy nunca solo al fondo de mi mismo".

No es fácil rememorar con exactitud aquel privilegiado momento que desplegaba ante mis ojos su íntimo paisaje como las páginas de un libro sagrado. En un penetrante ensayo sobre la obra gerbasiana, Ignacio Iribarren Borges se ha referido a las dos infancias que, como dos ríos seculares, confluyen en el horizonte de esta poesía: la de Vibonati, en Italia, y la soleada y colorida de Canoabo, tan determinante en su palabra. Iribarren, pues, sólo al lugar de una de ellas, pero nada nos impedía, bajo el influjo de su compañía, reencontrar la otra más al fondo, viva en el juego de visiones yuxtapuestas. En un solo haz se nos unía la luz lenitiva de la Campania italiana, tan cara a los nórdicos, con la ardiente y frutal del occidente carabobeño. A lo lejos, entre el plumaje de fénix que adorna los flamboyanes, no nos hubiese extrañado escuchar el famoso andante de la sinfonía italiana de Mendelssohn.

El auto que nos llevaba se detenía cada momento, a su ruego, en las ventas y pulperías intermedias. Vicente preguntaba nombres, se identificaba, se reconocía en rostros y cosas, evocaba antiguas parentelas. De pronto me veía parado junto a él, en un promontorio, hurgando los vestigios del viejo camino de recuar que llegaba a Urama o Montalbán. El viento en los livianos yerbazales, rumoroso y profundo, parecía bienvenirlo.

—“Salíamos de madrugada y andábamos muchas horas a lomo de mula por estos campos”, me dijo. Con un resabio propio de hombre de ciudad, de la ciudad violenta que habla por nosotros, le pregunté si no existían entonces asaltantes de camino. “No sé —fue su respuesta— yo me defendía con el espíritu”.

Así bajamos la colina hasta el valle enjuto y montuoso donde aún permanecen intactas las casas de portales agrestes, de las cuales salen hombres de rústicos sombreros que cruzan calles polvorientas como insalvables palabras de un verso a otro. Anduvimos de casa en casa, saludando gente, contemplando zaguanes, tejados, aleros y patios comarcanos. Fuimos a ver en la iglesia el Cristo que su padre hizo traer un día de Italia. El espacio de su poesía, en su epicentro palpitante, se volvía de pronto sobre mí, demasiado cerca, demasiado concreto, envolviéndome como un vasto fresco mágico.

Al atardecer nos reunimos con los miembros de la Junta Comunal para poner término al propósito de nuestro viaje. Yo debí, al azar del momento, fungir de secretario de la reunión y levantar el Acta. Llovía, también la lluvia espesa y gorgoteante agregaba sus sonos sobre las hojas de las malangas. Anoté a su dictado, cuando fue el momento de identificación escrita de todos los que allí sesionábamos, esta breve línea: Vicente Gerbasi, canoabero. La escribí en papel oficial, pero me pareció hacerlo sobre una hoja de plátano o tabaco, un amplio pergamino verde cuya materia retuviera entre sus nervaduras el raigal significado de aquellas palabras. Era ya noche cuando emprendimos el regreso. Otra vez nos demoramos de puerta en puerta, despidiéndonos, saludando amigos y lugares. Ya en la última fonda del pueblo, donde paramos un instante, nos dimos cuenta de que algunos hombres allí reunidos tenían cohetes preparados. Preguntamos por qué y nos respondieron que esa noche, en pocas horas, peleaba en Nueva York Vicente Paúl Rondón, cuya victoria se aprestaban a celebrar atentos a la radio. Creo que pensé entonces en John Keats, el príncipe de los románticos ingleses, que amaba el boxeo porque veía en este deporte, a pesar de su rudeza, una intensa manifestación de la energía vital. Así retomamos el camino de vuelta.

Rondón, después supe, perdió aquella vez. No sé cómo sonaron, si sonaron, los cohetes. Me reconcilié sin embargo, con su derrota pensando en aquellos amables lugareños, preocupados por un deportista tan humilde como ellos, que poco o nada sabían de los triunfos del otro Vicente que iba con nosotros. De saberlo, habríamos oído al instante, sin duda, el trueno de su festiva cohería.